

# ANEXOS

## **ANEXO 1**

Entrevista a María José Lago, mentora del Prácticum y Jefa de Departamento del ámbito Lingüístico en el colegio El Salvador.

**E: -¿Cómo es la situación en el aula referente a la lectura?**

**P:** -En el aula tenemos trece alumnos, dos de ellos son TEA. Uno de ellos tiene unas capacidades intelectuales medias-altas y además es un grandísimo lector. Tiene una página web que se llama Proyecto Versicos. Ha llegado a componer muchos poemas y ha conseguido que mucha gente los llegue a leer, entre ellos actores como Echanove y compañía. Es decir, gente muy importante. Y esto lo comenzó como proyecto en su escuela anterior. Así que el lee mucho y bien. Le gustan mucho las lecturas al estilo de Juego de Tronos. Es curioso porque no le interesa la novela gráfica. Le di una versión de novela gráfica de Juego de Tronos y dijo que prefería imaginárselo, que las imágenes le coartaban su imaginación. Con él no hay ningún problema.

Con los demás no. No quieren leer. Solo leen por obligación y si pueden no leer, mejor. Así que he tenido de todo. De los que decían que leían, pero me engañaban. Hemos intentado hacer lectura en el aula y, o se niegan directamente, o leen a paso de perezoso a ritmo de una página la hora. O, incluso, leen de forma mecánica, pero sin entender lo que están leyendo.

El único libro que disfrutaron el año pasado fue La elección de August. Lo leyeron y no les disgustó. Y a uno de ellos, en concreto, que tiene mucha imaginación le enganchó mucho La casa de los niños extraordinarios y le encantó porque se sintió muy identificado porque él es uno de los niños extraordinarios.

Así que te vas a encontrar con una audiencia muy complicada. De los trece alumnos, once no quieren leer, uno sí y el otro depende de la lectura.

**E: - ¿Consideras que algunas de las obras que se trabajan en el aula solo están sostenidas por la inercia y la rutina, y no conducen donde decimos ir?**

**P:** - Sí, sin duda. Estoy pensando ahora en 3º de la ESO. Tienen 15 años y no tienen ningún interés por la literatura clásica y es el año en el que tienen que estudiar toda la literatura medieval que es complicada, que la pueden estudiar en traducción, pero si la estudian en traducción o en versiones modernas no la están estudiando por lo tanto hay que estudiarla en castellano antiguo y les resulta muy complicado, no tienen la madurez necesaria para leerla y disfrutarla y, por lo tanto, se convierte en una carga grande. También tienen que estudiar a Góngora y Quevedo. Góngora es complicadísimo a cualquier edad, más cuando tienes quince años. Estudiamos la literatura mística, otro

tanto. Hablamos de El Libro de Buen Amor que les resulta muy divertido, pero el lenguaje es una barrera muy grande.

Empiezan a disfrutar cuando vemos el teatro de Lope o podemos ver algo de Calderón.

Cervantes con quince años tienes dos opciones si lees el Quijote porque es el Quijote y hay que leerlo y yo creo que te aseguras de que no se vuelvan a leer el Quijote hasta que tengan 50 años. Si lo leemos en una versión moderna, los estamos infantilizando. Ahora si de Cervantes coges las Novelas Ejemplares aún se puede trabajar. Son muy actuales. Es una cosa muy distinta, pero muy pocas veces se elige las Novelas Ejemplares sobre el Quijote. Claro que hay obras que cuestan mucho trabajo.

**E: - Entonces, ¿tú crees que prima el valor filológico?**

**P:** -En algunos casos sí. Lo que tenemos que pensar es si realmente merece la pena dedicarle tiempo o no al tema o darle una vuelta y llevarlo a la época moderna. Pero, es verdad que nos exigen darles unos referentes que los chicos a según qué edades, especialmente 3º de la ESO, no disfrutan. Ya el temario de 4º de ESO es otra cosa muy diferente, pero el de tercero con la edad que tienen es muy complicado.

**E: - ¿Crees que las lecturas trabajadas en el aula pueden contribuir al proceso de maduración y desarrollo de los adolescentes?**

Sí, sin duda.

**E: - En cuanto a los objetivos que se buscan o se plantean por medio de la lectura, por ejemplo, la construcción de unos valores, el mejor conocimiento del mundo, creación de una actitud crítica, etc. ¿Coinciden con los de nuestro entorno: videojuegos, cine, programas de TV, ¿etc.?**

**P:** - Pues no. No hay videojuegos en los que se trabajen particularmente los valores de la empatía, la amabilidad, la compasión, el compromiso, etc. Esos valores en los videojuegos pues están bastante ausentes. En los programas de TV de video realidad o telerealidad menos. Pero eso es más un problema de la TV y de los videojuegos que del colegio. Por lo menos en el colegio está bien que los trabajen.

**E: - Entonces, ¿se ajusta a nuestra realidad con el currículum escolar?**

**P:** - No, pero repito, gracias a dios el currículum escolar va, por un lado, que creo que es apropiado y lo que tenemos que hacer es darle una vuelta a lo que enseñamos, al ejemplo

que damos como adultos a nuestros alumnos, desde la TV o desde los medios. Que nos quejamos de ellos, que exigimos de ellos una madurez que nosotros mismos no mostramos y allí está, pues el espectáculo tan penoso de las televisiones día sí y día también.

**E: - “Debemos esforzarnos por conocer la música que escuchan los chicos y chicas en edad escolar, los programas que siguen, las películas que les cautivan y los juegos de ordenador que tanto les absorben. Debemos conocer también qué libros les gustan (y por qué), y cuales han aborrecido, qué cuestiones les preocupan y cuáles les ocupan, cuáles son las grandes preguntas que en este momento le hacen a la vida y qué respuestas se van encontrando. Conocer las dos orillas-los dos horizontes-llamadas a encontrarse en las clases de literatura puede propiciar no solo una lectura más atenta -más curiosa- de los textos literarios por parte de los estudiantes, sino también, retroactivamente, una lectura más crítica de todos esos discursos que van moldeando, de manera más abierta o más encubierta, el guion sobre el que unos y otros acabamos levantando nuestras vidas” (Jover, 2007). ¿Estás de acuerdo con las palabras de Guadalupe Jover? ¿Qué harías para ello?**

**P: -** Totalmente de acuerdo con esas palabras.

Con las lecturas, en el colegio dedicamos mucho tiempo a seleccionar lecturas que precisamente estén, o sea, si son lecturas clásicas, lecturas que luego podamos llevar a su realidad y todavía sigan vigentes. Antes hablaba de las Novelas Ejemplares, pues ahí tenemos los casos de violencia de género, tenemos casos de xenofobia y demás que podemos luego llevar a su día y a día y hacerles reflexionar. Trabajar esos valores. Y en las lecturas modernas pues sí que tenemos muy en cuenta sus gustos e intentamos tener ese diálogo a veces intentando que hablen con el autor, que se pongan en contacto bien porque venga el autor al colegio si tenemos la fortuna de que pueda ocurrir o, a lo mejor, escribiéndole una carta o al *twitter*. Pero siempre intentamos que tengan un diálogo con el autor cuando es posible y funciona.

En realidad, las obras que hemos trabajado aquí pues hemos trabajado la Edad de la Ira, que habla del problema de la xenofobia en las aulas, la violencia en casa. El autor vino y tuvimos una charla muy interesante. Hemos trabajado con un autor local, que es David Lozano. También con el problema de los videojuegos, redes sociales y demás. Hemos trabajado pues temas como La niña gorda sobre el problema de la imagen, las relaciones

con los demás, los estereotipos, la violencia sexual, cómo reaccionan ante ella. Y en eso estamos, buscando siempre lecturas que les enseñen algo y que les ayuden a expresarse y entender mejor el mundo.

**E: - ¿Consideras la posibilidad implementar un itinerario de lecturas vinculadas a una temática concreta en el aula los próximos cursos?**

Lo consideraría muy seriamente quizá en un primer ciclo de la eso o en cursos como PMAR. Hacerlo en un segundo ciclo o bachillerato, creo que podría llegar a limitar un poco las opciones. No lo sé. Tendría que plantear que obras son y pensarlo muy bien para que se junten porque tenemos aquí un problema o, más que un problema, un reto, y es que en el aula tenemos que trabajar lecturas clásicas, lecturas contemporáneas y autores aragoneses y conjugar esos tres factores en un hilo coherente, en una temática coherente que corresponda con la época concreta que trabajamos no es fácil. Si lo encontrara, por supuestoísimo que iría a por ello.

**E: - ¿Crees que funcionaría el hecho de que, por ejemplo, ellos vincularan unas obras con otras, ya también como propuesta de animación a la lectura, que eso les pudiera favorecer para un futuro?**

**P:** - Sin duda favorece porque cuando eres capaz de hacer relaciones entre lo que lees y lo que sabes, la experiencia es mucho más enriquecedora y te anima a seguir leyendo. Es decir, uno disfruta más de algo cuando tiene conocimientos previos y cuando lo puede relacionar con otras cosas. Así que, sí lo veo muy interesante y es un reto, pero merece la pena plantearlo.

**E: - ¿Debemos considerar o tener en cuenta a la hora de seleccionar los textos un criterio filológico o un criterio que abarque los objetivos para la creación de una conciencia crítica, la formación de mejores ciudadanos, etc.?**

**P:** - Las dos cosas. Si se pueden conjugar las dos cosas mejor. Ante una novela muy bien escrita que no van a entender o con la que no van a empatizar y una obra mal escrita que les aporte mucho y con la que vayan a sentirse identificados, quizá en el aula yo iría, si no pudiese encontrar una que tuviese las dos cosas, quizá iría a lo que está bien escrito porque entiendo que lo otro lo pueden hacer por si solos. Y no van a ler algo bien leído y no van a ser capaces de disfrutarlos a menos que los acompañemos en el proceso. Cualquiera puede leerse *50 sombras de Gray* por su cuenta, pero a lo mejor un *Cinco*

*horas con Mario* no se les ocurre y puede ser mucho más enriquecedor el primero que el segundo.

**E: - ¿Consideras que el primero puede favorecer a la animación a la lectura?**

P: - No lo sé. Y si fuese así, pero los llevase solo a eso de que lean, pero que lean -que lo digo yo mucho- y es una verdad solo a medias. No creo que cualquier cosa valga. No porque leerse el pronto todas las semanas ya van a adquirir una cultura literaria necesaria, ni van a aprender más, ni van a ampliar su vocabulario. Mejor que si no leen nada, pero no nos podemos quedar ahí. O sea, lo que tenemos que hacer es aspirar a más. Entonces no vale cualquier cosa. De vez en cuando sí, pero no vale cualquier cosa.

**E: - Propuesta que harías tú para motivar a los adolescentes a que lean.**

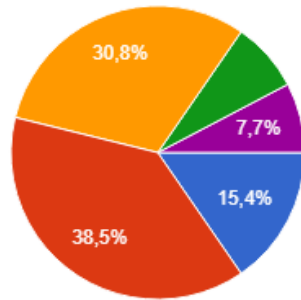
Novela gráfica es una buena apuesta, en cualquier etapa y para cualquier chaval. Vincular una novela a una película o una obra de teatro y conjugar las dos. Y una de las cosas que mejor han valorado estos chicos y no son nada lectores, lo que más han disfrutado ha sido precisamente la lectura dramatizada en clase de obras de teatro, tanto de Don Juan Tenorio como de Lorca. Esa ha sido el momento cumbre de todo el año para estos chicos, que también han podido leer una obra sencilla de David Lozano, que también les ha gustado. Pero lo han disfrutado más leyendo Bodas de Sangre de Lorca en público. Así que quizá dedicarle más tiempo a la lectura dramatizada, podría ser.

## **ANEXO 2**

Encuesta sobre lectura a los alumnos de PMAR2 del colegio El Salvador

### 1. ¿Te gusta leer?

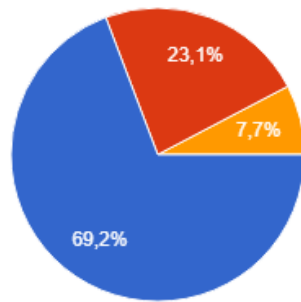
13 respuestas



- Nada
- Muy poco
- Algo
- Bastante
- Mucho

### 2. ¿Cuánto tiempo dedicas a la lectura?

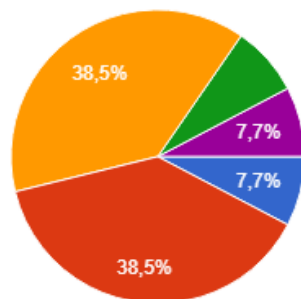
13 respuestas



- Nada
- Menos de 3 horas semanales
- Entre 3 y 8 horas semanales
- Más de 8 horas semanales

### 3. ¿Por qué lees?

13 respuestas



- Porque es importante para mi formación
- Porque me gusta
- Porque me lo imponen en el instituto
- Por entretenimiento
- Por que el libro me llama la atencion

4. ¿Cuántos libros has leído este último trimestre (sin contar los obligatorios de la asignatura Lengua Castellana y Literatura)? Nómbralos:

13 respuestas

Ninguno (3)
Juego de Tronos y Choque de Reyes.
Spiderman, el señor de los anillos y el hobbit.
Uno, Padres por favor no.
1
Miss peregrine 3, Comics Dragon ball (30 mas o menos)
ninguno
Uno
3, Una semana de siete lunes, Mirror Mirror, La magia de ser nosotros.
Vandalos y alguno de geronimo estilton, august
After , Amor y Asco y it

5. ¿Cuáles son tus libros favoritos? Nombra tres:

13 respuestas

La vida de Pi, Las mil y una noches y Wonder
El señor de los anillos(trilogía), juego de tronos y el hobbit.
Corredor del laberinto 2 , Wonder , Tintín
Wonder, cuando Hitler robo el conejo Rosa y Oliver twist.
Mamá ,quiero ser dj
Aventura, ficción y películas
Miss peregrine el hogar para niños peculiares, Miss peregrine 2 la ciudad desolada y Miss peregrine 3 la biblioteca de las almas.
El corredor del laberinto( la saga completa) y perzy y el mar de los mounstros
diario de greg, las mil y una noche y platero
Harry potter el ultimo, un día difícil
Eleanor y Park, Una semana de siete lunes y La magia de ser nosotros.



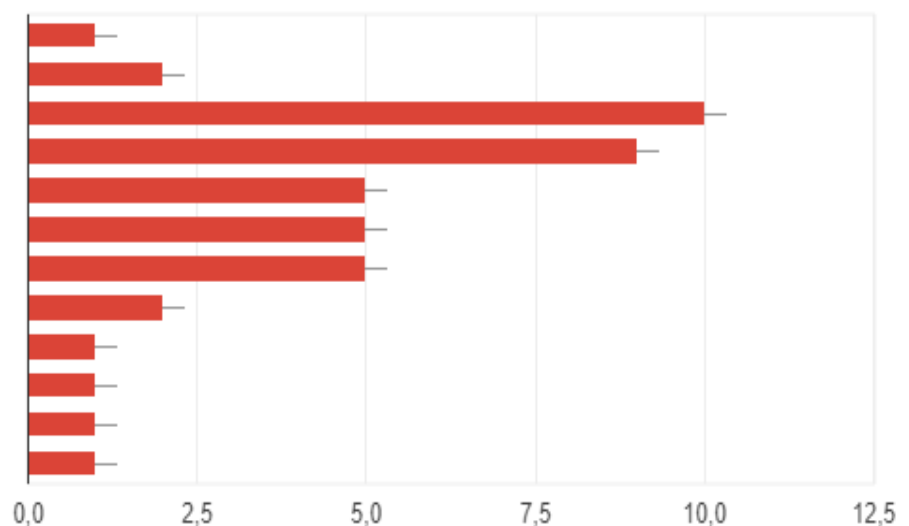
6. ¿Qué esperas de un libro? Por ejemplo: sentirme identificado/a con el protagonista, que sea divertido, que me atrape hasta la última página, etc. Justifica tu respuesta.

13 respuestas

- Identificarme con el protagonista, que me guste porque me entretiene.
- Que me atrape hasta la última página, porque quiero aprender de eso para algún día escribir un libro.
- Que el inicio de la historia sea interesante.
- Sentirme identificado con el, que me atrape hasta la última página y que tenga un vocabulario fácil de entender.
- Que tenga toda la información que me gustaría tener
- Sentirme identificado con el personaje y que le guste lo mismo que yo. Además de eso me gustaría que el libro sea interesante de el principio de la página hasta el final.
- Que me atrape hasta la última página
- Que consiga atraparme hasta la última página.
- que sea entretenido
- Que me llame la atención y que sea entretenido
- Sentirme identificado con algún personaje, que la historia me atrape y me obligue a no hacer nada más tan solo leerlo, que me lleve a otra vida, y que pueda vivir cada palabra de ese libro en mi imaginación.

7. Señala los géneros literarios de libros que más te gustan:

13 respuestas



## 8. ¿Te gustan las lecturas que se dan en clase? Justifica tu respuesta:

13 respuestas

Este año sí, porque hemos podido elegir nosotros. De las que leemos en clase (Gilgamesh y Las novelas ejemplares) la primera sí porque era corta, era de aventuras, las ilustraciones eran interesantes, el argumento era entretenido. De las Novelas no me ha interesado el tema y el vocabulario era demasiado difícil.

Si, porque el de Gilmages me gusta la mitología y las novelas ejemplares te hacen sentirte como si fuera en la vida real y eso entretiene mucho.

Me gustan los libros que hemos leído pero creo que deberíamos leerlas individualmente.

Si, porque las elegimos nosotros.

Si ,pero por mi cogería otros libros mas graciosos.

Si, porque ahora son tipos de más de nuestros años y son muy interesantes a la hora de leerlos

(Gilgamesh) Si, Ya que era corta y con ilustraciones interesantes.

Si, pero solo en las que nos dejan elegir el libro que nosotros queremos.

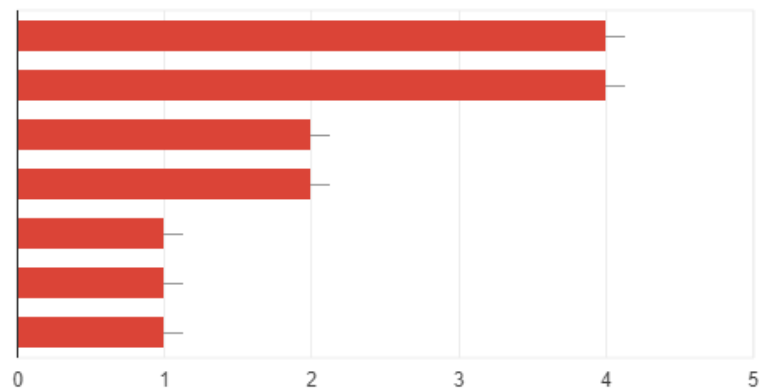
no mucho son un poco fuera de mi alcance

Si, son algo divertidas, no me llaman mucho la atención pero están bien

Si son libros que nos obligan a leer no, por que prefiero leerme un libro que me guste y no aburrirme, que un libro

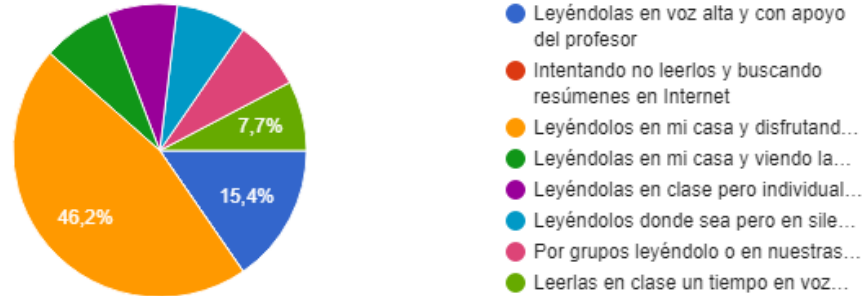
## 9. Los libros que se leen en clase:

13 respuestas



## 10. ¿Cómo te gusta trabajar las lecturas que se dan en la asignatura Lengua Castellana y Literatura?

13 respuestas



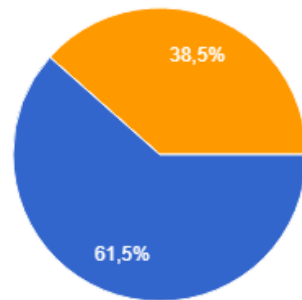
## 11. Propón alguna actividad de lectura que te gustaría hacer en clase:

13 respuestas

- Videorreseña o en clase contar un resumen
- Hacer una video reseña o exponerlo delante de los compañeros.
- Hacer una pequeña obra de teatro para enseñarles a nuestros compañeros nuestro libro .
- Ver una película de un libro(si la hay)despues de leerlo.
- Leer sobre algo que tengamos a nuestro alrededor
- Me gustaría hacer como alguna especie de ``juegos`` para así hacer la actividad de lectura un poco más divertida
- Salir a presentar el libro a la pizarra con algún tipo de power point o imágenes de apoyo.
- Por grupos de 6 ( la mitad de la clase) leer un libro en el que estemos todos de acuerdo.
- hacer una especie de teatro
- Leer un libro de generos que no nos gusten para ver si asi se nos cambia un poco o no
- Hacer una presentación en clase, ver una película si hay,.
- Nada

## 12. En clase:

13 respuestas



- Me gusta participar y comentar algunos aspectos de la lectura
- Casi nunca comento nada porque no me he leído el libro
- Si me preguntan suelo responder, pero si no lo hacen, no hago ninguna aportación
- Me aburro cuando comentamos la obra que hemos leído

## ANEXO 3

Tráiler de lectura de Diario de Anne Frank

### Sábado, 20 de junio de 1942

Para alguien como yo es una sensación muy extraña escribir un diario. No sólo porque nunca he escrito, sino porque me da la impresión de que más tarde ni a mí ni a ninguna otra persona le interesarán las confidencias de una colegiala de trece años. Pero eso en realidad da igual, tengo ganas de escribir y mucho más aún de desahogarme y sacarme de una vez unas cuantas espinas. «El papel es más paciente que los hombres». Me acordé de esta frase uno de esos días medio melancólicos en que estaba sentada con la cabeza apoyada entre las manos, aburrida y desganada, sin saber si salir o quedarme en casa, y finalmente me puse a cavilar sin moverme de donde estaba. Sí, es cierto, el papel es paciente, pero como no tengo intención de enseñarle nunca a nadie este cuaderno de tapas duras llamado pomposamente «diario», a no ser que alguna vez en mi vida tenga un amigo o una amiga que se convierta en el amigo o la amiga «del alma», lo más probable es que a nadie le interese. He llegado al punto donde nace toda esta idea de escribir un diario: no tengo ninguna amiga.

Para ser más clara tendré que añadir una explicación, porque nadie entenderá cómo una chica de trece años puede estar sola en el mundo. Es que tampoco es tan así: tengo unos padres muy buenos y una hermana de dieciséis, y tengo como treinta amigas en total, entre buenas y menos buenas.

Tengo un montón de admiradores que tratan de que nuestras miradas se crucen o que, cuando no hay otra posibilidad, intentan mirarme durante la clase a través de un espejito roto. Tengo a mis parientes, a mis tías, que son muy buenas, y un buen hogar. Al parecer no me falta nada, salvo la amiga del alma. Con las chicas que conozco lo único que puedo hacer es divertirme y pasarlo bien. Nunca hablamos de otras cosas que no sean las cotidianas, nunca llegamos a hablar de cosas íntimas. Y ahí está justamente el quid de la cuestión. Tal vez la falta de confidencialidad sea culpa mía, el asunto es que las cosas son como son y lamentablemente no se pueden cambiar. De ahí este diario.

Para realzar todavía más en mi fantasía la idea de la amiga tan anhelada, no quisiera apuntar en este diario los hechos sin más, como hace todo el mundo, sino que haré que el propio diario sea esa amiga, y esa amiga se llamará Kitty.

¡Mi historia! (¡Cómo podría ser tan tonta de olvidármela!) Como nadie entendería nada de lo que fuera a contarle a Kitty si lo hiciera así, sin ninguna introducción, tendré que relatar brevemente la historia de mi vida, por poco que me plazca hacerlo.

Mi padre, el más bueno de todos los padres que he conocido en mi vida, no se casó hasta los treinta y seis años con mi madre, que tenía veinticinco. Mi hermana Margot nació en 1926 en Alemania, en Francfort del Meno. El 1 de junio de 1929 le seguí yo. Viví en Francfort hasta los cuatro años. Como somos judíos «de pura cepa», mi padre se vino a Holanda en 1933, donde fue nombrado director de Opekta, una compañía holandesa de preparación de mermeladas. Mi madre, Edith Holländer, también vino a Holanda en septiembre, y Margot y yo fuimos a Aquisgrán, donde vivía mi abuela. Margot vino a Holanda en diciembre y yo en febrero, cuando me pusieron encima de la mesa como regalo de cumpleaños para Margot.

Pronto empecé a ir al jardín de infancia del colegio Montessori, y allí estuve hasta cumplir los seis años. Luego pasé al primer curso de la escuela primaria. En sexto tuve a la señora Kuperus, la directora. Nos emocionamos mucho al despedirnos a fin de curso y lloramos las dos, porque yo había sido admitida en el liceo judío, al que también iba Margot.

Nuestras vidas transcurrían con cierta agitación, ya que el resto de la familia que se había quedado en Alemania seguía siendo víctima de las medidas antijudías decretadas por Hitler. Tras los pogromos de 1938, mis dos tíos maternos huyeron y llegaron sanos y salvos a Norteamérica; mi pobre abuela, que ya tenía setenta y tres años, se vino a vivir con nosotros.

Después de mayo de 1940, los buenos tiempos quedaron definitivamente atrás: primero la guerra, luego la capitulación, la invasión alemana, y así comenzaron las desgracias para nosotros los judíos. Las medidas antijudías se sucedieron rápidamente y se nos privó de muchas libertades.

Los judíos deben llevar una estrella de David; deben entregar sus bicicletas; no les está permitido viajar en tranvía; no les está permitido viajar en coche, tampoco en coches particulares; los judíos sólo pueden hacer la compra desde las tres hasta las cinco de la tarde; sólo pueden ir a una peluquería judía; no pueden salir a la calle desde las ocho de la noche hasta las seis de la madrugada; no les está permitida la entrada en los teatros, cines y otros lugares de esparcimiento público; no les está permitida la entrada en las piscinas ni en las pistas de tenis, de hockey ni de ningún otro deporte; no les está permitido practicar remo; no les está permitido practicar ningún deporte en público; no les está permitido estar sentados en sus jardines después de las ocho de la noche, tampoco en los jardines de sus amigos; los judíos no pueden entrar en casa de cristianos; tienen que ir a colegios judíos, y otras cosas por el estilo. Así transcurrían nuestros días: que si esto no lo podíamos hacer, que si lo otro tampoco.

Jacques siempre me dice: «Ya no me atrevo a hacer nada, porque tengo miedo de que esté prohibido.»

En el verano de 1941, la abuela enfermó gravemente. Hubo que operarla y mi cumpleaños apenas lo festejamos. El del verano de 1940 tampoco, porque hacía poco que había acabado la guerra en Holanda. La abuela murió en

enero de 1942. Nadie sabe lo mucho que pienso en ella, y cuánto la sigo queriendo. Este cumpleaños de 1942 lo hemos festejado para compensar los anteriores, y también tuvimos encendida la vela de la abuela.

Nosotros cuatro todavía estamos bien, y así hemos llegado al día de hoy, 20 de junio de 1942, fecha en que estreno mi diario con toda solemnidad.

### **Sábado, 30 de enero de 1943**

Querida Kitty:

Me hierve la sangre y tengo que ocultarlo. Quisiera patear, gritar, sacudir con fuerza a mamá, llorar y no sé qué más, por todas las palabras desagradables, las miradas burlonas, las recriminaciones que como flechas me lanzan todos los días con sus arcos tensados y que se clavan en mi cuerpo sin que pueda sacármelas. A mamá, Margot, Van Daan, Dussel y también a papá me gustaría gritarles: «¡Dejadme en paz, dejadme dormir por fin una noche sin que moje de lágrimas la almohada, me ardan los ojos y me latan las sienes! ¡Dejadme que me vaya lejos, muy lejos, lejos del mundo si fuera posible!». Pero no puedo. No puedo mostrarles mi desesperación, no puedo hacerles ver las heridas que han abierto en mí. No soportaría su compasión ni sus burlas bienintencionadas.

En ambos casos me daría por gritar. Todos dicen que hablo de manera afectada, que soy ridícula cuando callo, descarada cuando contesto, taimada cuando tengo una buena idea, holgazana cuando estoy cansada, egoísta cuando como un bocado de más, tonta, cobarde, calculadora, etc. Todo el santo día me están diciendo que soy una tipa insoportable, y aunque me río de ello y hago como que no me importa, en verdad me afecta, y me gustaría pedirle a Dios que me diera otro carácter, uno que no haga que la gente siempre descargue su furia sobre mí.

Pero no es posible, mi carácter me ha sido dado tal cual es, y siento en mí que no puedo ser mala. Me esfuerzo en satisfacer los deseos de todos, más de lo que se imaginan aun remotamente. Arriba trato de reír, pues no quiero mostrarles mis penas.

Más de una vez, después de recibir una sarta de recriminaciones injustas, le he dicho a mamá: «No me importa lo que digas. No te preocupes más por mí, que soy un caso perdido.» Naturalmente, en seguida me contestaba que era una descarada, me ignoraba más o menos durante dos días y luego, de repente, se olvidaba de todo y me trataba como a cualquier otro.

Me es imposible ser toda melosa un día, y al otro día dejar que me echen a la cara todo su odio. Prefiero el justo medio, que de justo no tiene nada, y no digo nada de lo que pienso, y alguna vez trato de ser tan despreciativa con ellos como ellos lo son conmigo. ¡Ay, si sólo pudiera!

Tu Ana

### **Jueves, 6 de enero de 1944**

Querida Kitty:

Hoy tengo que confesarte **dos cosas** que llevarán mucho tiempo, pero que debo contarle a alguien, y entonces lo mejor será que te lo cuente a ti, porque sé a ciencia cierta que callarás siempre y bajo cualquier concepto.

**Lo primero** tiene que ver con mamá...

**Lo segundo** es algo que me cuesta muchísimo contártelo, porque se trata de mí misma. No soy pudorosa, Kitty, pero...

### **Jueves, 6 de enero de 1944**

Querida Kitty:

Hoy tengo que confesarte dos cosas que llevarán mucho tiempo, pero que debo contarle a alguien, y entonces lo mejor será que te lo cuente a ti, porque sé a ciencia cierta que callarás siempre y bajo cualquier concepto.

Lo primero tiene que ver con mamá. Bien sabes que muchas veces me he quejado de ella, pero que luego siempre me he esforzado por ser amable con ella. De golpe me he dado cuenta por fin de cuál es el defecto que tiene. Ella misma nos ha contado que nos ve más como amigas que como hijas. Eso es muy bonito, naturalmente, pero sin embargo una amiga no puede ocupar el lugar de una madre. Siento la necesidad de tomar a mi madre como ejemplo, y de respetarla; es cierto que en la mayoría de los casos mi madre es un ejemplo para mí, pero más bien un ejemplo a no seguir. Me da la impresión de que Margot piensa muy distinto a mí en todas estas cosas, y que nunca entendería esto que te acabo de escribir. Y papá evita toda conversación que pueda tratar sobre mamá.

A una madre me la imagino como una mujer que, en primer lugar, posee mucho tacto, sobre todo con hijos de nuestra edad, y no como Mansa, que cuando lloro –no a causa de algún dolor, sino por otras cosas– se burla de mí.

Hay una cosa que podrá parecerle insignificante, pero que nunca le he perdonado. Fue un día en que tenía que ir al dentista. Mamá y Margot me iban a acompañar y les pareció bien que llevara la bicicleta. Cuando habíamos acabado en el dentista y salimos a la calle, Margot y mamá me dijeron sin más ni más que se iban de tiendas a mirar o a comprar algo, ya no recuerdo exactamente qué. Yo, naturalmente, quería ir con ellas, pero no me dejaron porque llevaba conmigo la bicicleta. Me dio tanta rabia, que los ojos se me llenaron de lágrimas, y Margot y mamá se echaron a reír. Me enfurecí, y en plena calle les saqué la lengua. Una viejecita que pasaba casualmente nos miró asustada. Me monté en la bicicleta y me fui a casa, donde estuve llorando un rato largo. Es curioso que de mis innumerables heridas, justo ésta vuelva a enardecerme cuando pienso en lo enfadada que estaba en ese momento.



Lo segundo es algo que me cuesta muchísimo contártelo, porque se trata de mí misma. No soy pudorosa, Kitty, pero cuando aquí en casa a menudo se ponen a hablar con todo detalle sobre lo que hacen en el retrete, siento una especie de repulsión en todo mi cuerpo.

Resulta que ayer leí un artículo de Sis Heyster sobre por qué nos sonrojamos. En ese artículo habla como si se estuviera dirigiendo sólo a mí.

Aunque yo no me sonrojo tan fácilmente, las otras cosas que menciona sí son aplicables a mí. Escribe más o menos que una chica, cuando entra en la pubertad, se vuelve muy callada y empieza a reflexionar acerca de las cosas milagrosas que se producen en su cuerpo. También a mí me está ocurriendo eso, y por eso últimamente me da la impresión de que siento vergüenza frente a Margot, mamá y papá. Sin embargo, Margot, que es mucho más tímida que yo, no siente ninguna vergüenza.

Me parece muy milagroso lo que me está pasando, y no sólo lo que se puede ver del lado exterior de mi cuerpo, sino también lo que se desarrolla en su interior. Justamente al no tener a nadie con quien hablar de mí misma y sobre todas estas cosas, las converso conmigo misma. Cada vez que me viene la regla –lo que hasta ahora sólo ha ocurrido tres veces– me da la sensación de que, a pesar de todo el dolor, el malestar y la suciedad, guardo un dulce secreto y por eso, aunque sólo me trae molestias y fastidio, en cierto modo me alegro cada vez que llega el momento en que vuelvo a sentir en mí ese secreto.

Otra cosa que escribe Sis Heyster es que a esa edad las adolescentes son muy inseguras y empiezan a descubrir que son personas con ideas, pensamientos y costumbres propias. Como yo vine aquí cuando acababa de cumplir los trece años, empecé a reflexionar sobre mí misma y a descubrir que era una «persona por mí misma» mucho antes. A veces, por las noches, siento una terrible necesidad de palparme los pechos y de oír el latido tranquilo y seguro de mi corazón.

Inconscientemente, antes de venir aquí ya había tenido sensaciones similares, porque recuerdo una vez en que me quedé a dormir en casa de Jacque y que no podía contener la curiosidad de conocer su cuerpo, que siempre me había ocultado, y que nunca había llegado a ver. Le pedí que, en señal de nuestra amistad, nos tocáramos mutuamente los pechos.

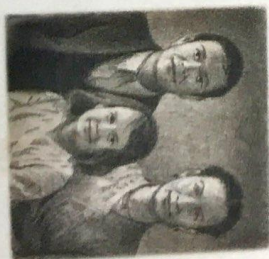
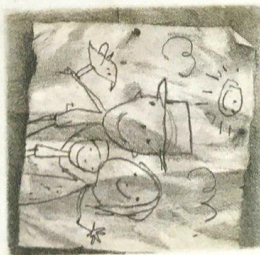
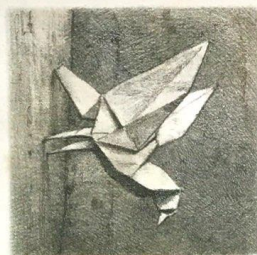
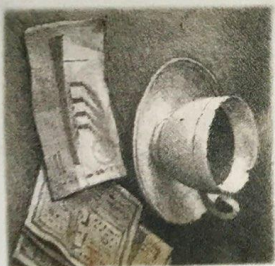
Jacque se negó. También ocurrió que sentí una terrible necesidad de besarla, y lo hice. Cada vez que veo una figura de una mujer desnuda, como por ejemplo la Venus en el manual de historia de arte de Springer, me quedo extasiada contemplándola. A veces me parece de una belleza tan maravillosa, que tengo que contenerme para que no se me salten las lágrimas. ¡Ojalá tuviera una amiga!

# ANEXO 4

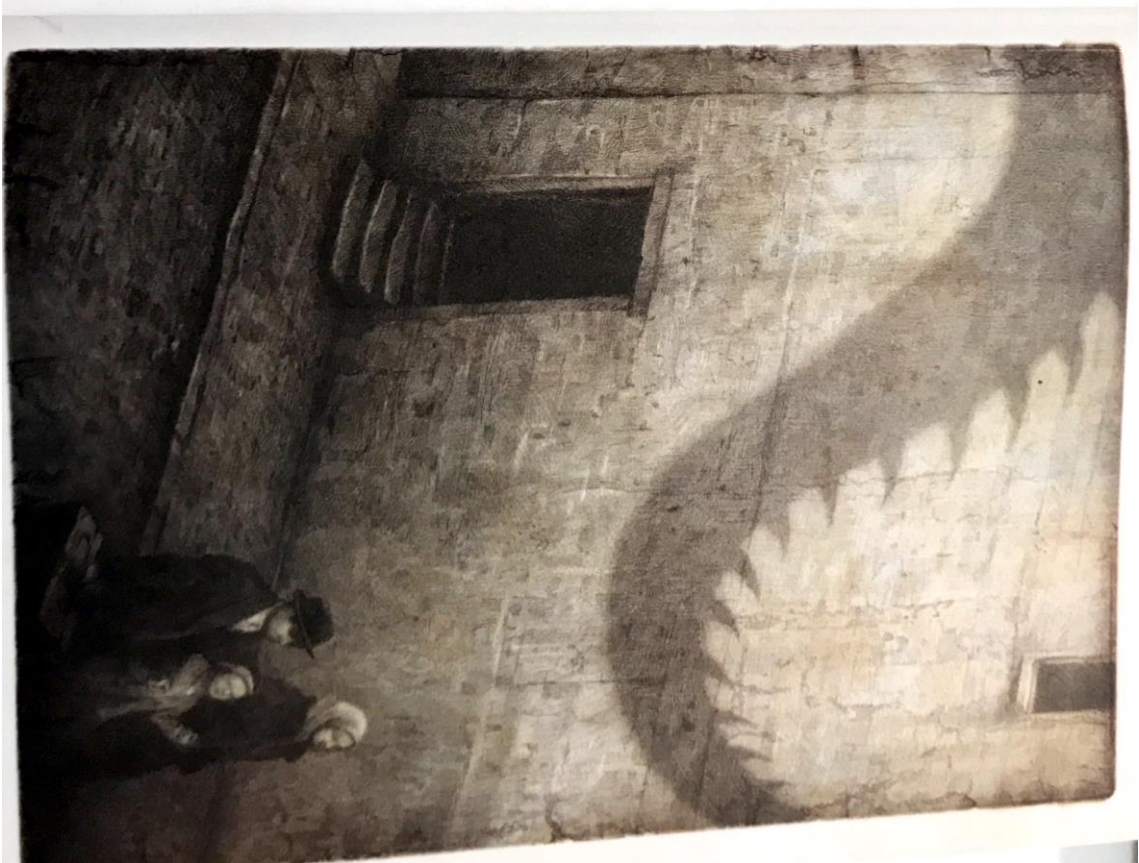
## Tráiler de lectura de *Emigrantes* de Shaun Tan



I

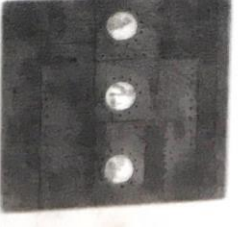
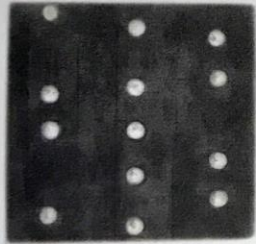






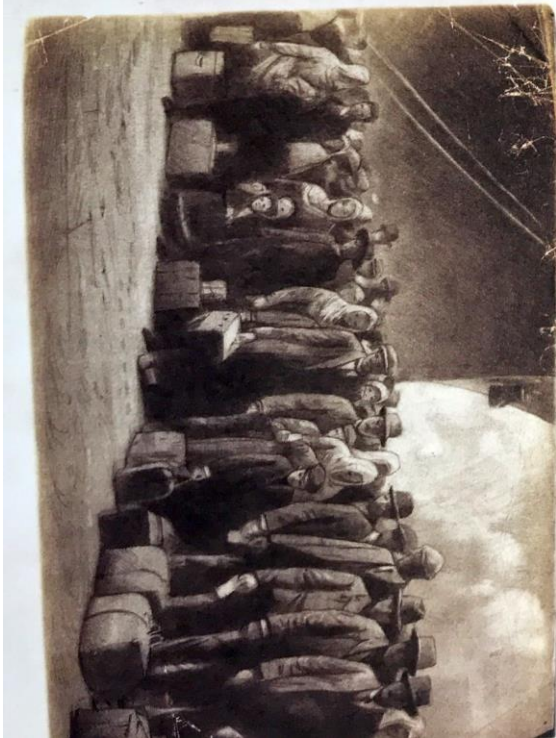


II













## ANEXO 5

### Tráiler de lectura de *La Edad de la Ira*

#### **Se ha cometido un crimen**

Me cuesta creer que haya matado a nadie. Leo el informe policial una y otra vez y sigo sin entender bien lo que pudo pasar en aquella casa. El chico apenas habla. Se limita a mirar al suelo, esquivando miradas y gestos de desprecio. El juicio es rápido. Casi instantáneo. Estos asuntos se deciden deprisa, me informa un amigo psicólogo. Trabaja como orientador y profesor de apoyo en el centro de menores donde van a internarlo. En dos años, cuando tenga la mayoría de edad, pasará a una cárcel común y corriente.

Su homicidio no merece menos castigo, afirman los medios. Sobre todo teniendo en cuenta los terribles sucesos que se han ido sumando en los últimos meses. Demasiados casos de menores que violan y asesinan a compañeras de clase. Menores que agreden brutalmente a padres y profesores. Incluso hay quien, a la luz de estos sucesos, pide que se endurezca la ley. El de Marcos no es un caso único, insiste mi amigo, experto en conflictos de violencia doméstica, y casi sin pestañear me cuenta otra decena de ellos a los que los medios de comunicación no les han prestado tanta atención. Éste es distinto: demasiada crueldad. Demasiado imprevista. Sus amigos y profesores siguen consternados. Nadie esperaba que pasase algo así. Nadie creía que ese chico pudiera hacer lo que según este informe policial realmente hizo.

Los hechos y sus coordenadas son muy simples. Terriblemente nítidos. Un piso de tres dormitorios en un barrio residencial —anodino, tranquilo, idéntico a otros tantos— de la zona oeste de Madrid. Una familia compuesta por cuatro hermanos —de entre doce y diecinueve años— que viven con su padre, viudo tras la repentina muerte de su mujer en un accidente de coche nueve meses atrás. Un sospechoso de dieciséis años que, una semana antes, acababa de empezar 1º de Bachillerato en el IES Rubén Darío, el mismo instituto donde había cursado la Secundaria. Y un crimen, brutal e incomprensible, que conmociona a la opinión

pública de todo un país.

Los medios condenan a Marcos enseguida —son más rápidos en su sentencia que la propia justicia— y le cambian el nombre en cuanto la noticia llega a las redacciones. El asesinato ha sido perpetrado con un arma demasiado peculiar como para no incidir sobre ella, así que se valen de esa rareza anacrónica para designar a su nuevo monstruo mediático. «El asesino de la máquina de escribir», lo bautizan. Y así se llama ahora, aunque antes fuera Marcos Álvarez y tuviera otra identidad y otra existencia. Pero, según la prensa, decidió tirarlo todo por la borda —nombre, vida e identidad— cuando mató a su padre y atacó con saña a uno de sus hermanos. Adolfo, de doce años, sólo sufrió lesiones leves —moratones y magulladuras—, mientras que Sergio, sólo un año menor que Marcos, ingresó muy grave en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte después de que su hermano le clavara unas tijeras en el pecho. Ignacio, de diecinueve, fue quien descubrió lo sucedido y llamó a la policía, aunque Marcos todavía tuvo tiempo para lanzarse sobre él y hacerle un profundo corte en el brazo derecho.

Ni las televisiones ni los periódicos quieren ahorrarse el placer de mostrarnos las imágenes —entre dantescas y tarantinianas—, así que amanecemos durante varios días con las cruentas instantáneas de la víctima. Un hombre sádicamente golpeado con una máquina de escribir —«nueve veces», puntualiza el informe pericial— y desfigurado por completo, hasta convertir su cabeza en un amasijo de huesos y piel donde cuesta adivinar los vestigios de lo que pudo haber sido su rostro. Allí no hay más que una masa informe de músculos ensangrentados que dan cuenta de la terrible escena de violencia vivida en la tarde del domingo 20 de septiembre de 2009 a las 19:34 horas en el número 23 de la calle Antonio Machado de Madrid.

## Habla el director del colegio

P. El pasado jueves 17 de septiembre mantuvo usted una reunión con Marcos, el padre de éste y la jefa de estudios del centro. ¿Me podría contar cómo transcurrió aquel encuentro?

R. Con absoluta normalidad. Había que sancionar a Marcos por su mala conducta en clase y contamos con la cooperación del padre desde el primer momento.

P. ¿Lo conocía?

R. Por supuesto que sí. Marcos lleva cuatro años en nuestro centro y su hermano mayor, Ignacio, cursó con nosotros toda la Secundaria y el Bachillerato. Fue uno de los mejores alumnos que hemos tenido, así que naturalmente que conocía a su padre, especialmente tras la trágica muerte de su mujer. Aquello afectó a los cuatro hermanos profundamente.

P. ¿Consiguieron que Marcos les explicara por qué había reaccionado de aquel modo tan violento?

R. Prácticamente no habló. De todas formas, no voy a reproducir sus palabras. Me parece que, desde el punto de vista ético, sería completamente erróneo.

P. ¿Intentó, al menos, razonar ante ustedes el porqué de su actitud?

R. No se trataba de buscar el porqué de una agresión a una profesora, sino de hacerle entender que aquello no podía repetirse. Estábamos muy preocupados, especialmente el padre.

P. ¿Había más motivos para preocuparse?

R. ¿No le parecen ya suficientes?

P. Por supuesto, pero parece que usted apuntaba en otra dirección.

R. A estas edades hay muchas razones que hacen que padres y profesores nos preocupemos por los alumnos. Marcos había vivido una experiencia traumática y eso le había hecho volcarse mucho en sus amigos. Lógicamente, a su padre le preocupaba que esos amigos no siempre fueran los mejores.

P. ¿Por algún motivo en concreto?

R. No hablamos de eso en la reunión. Yo no trato de sustituir a los padres en su tarea. Simplemente ejerzo de puente de comunicación entre ellos y sus hijos.

P. ¿Puedo deducir que Marcos había cambiado de amistades recientemente?

R. Marcos era muy popular. Se relacionaba con todo el mundo. Dentro del centro, desde luego, no vimos nada que nos llamase la atención.

P. ¿Y fuera?

R. Eso a mí no me incumbe. Mi labor termina en los muros del instituto.

P. ¿Percibió durante ese tiempo algo especial en la relación entre Marcos y su padre? ¿Algo a lo que le diera significado cuando se enteró de lo que había ocurrido el domingo siguiente?

R. Nada en absoluto. Su relación era difícil desde mucho antes de que falleciese su madre. Marcos tenía debilidad por ella, pero eso tampoco es algo excepcional. En todas las familias hay favoritismos. Los hijos no nos quieren a todos por igual.

P. ¿Nada más?

R. Si se refiere a algo que hiciera pensar en un asesinato como el que se cometió, rotundamente, no. Es cierto que Roberto era un padre muy estricto y de profundas convicciones morales y religiosas, pero también era un hombre muy inteligente. Sus hijos tenían una buena relación con él. Ignacio lo adoraba, y tanto Sergio como Adolfo han hablado siempre bien de su padre. En cuanto a Marcos, se trata de un adolescente que tolera mal las normas, así que es natural que hubiera enfrentamientos de vez en cuando. Pero de ahí a... De ahí a lo que ocurrió, no. No noté nada.

P. ¿Qué tipo de sanción le impusieron?

R. Su falta había sido muy grave... No olvide que agredió en mitad de la clase a una de sus profesoras. Por tanto, estábamos obligados a expulsarle del centro durante, al menos, cinco días. Acordamos con Roberto

que el castigo se haría efectivo la semana siguiente, de modo que Marcos no asistiese al instituto desde el lunes 21 hasta el viernes 25.

P. ¿Obligados? ¿No son libres para fijar sus propias sanciones?

R. En cada centro escolar existe un Reglamento del Régimen Interno que ha de respetarse con absoluto rigor. Si pretende insinuar que desde esta Dirección se toman decisiones arbitrarias en cuanto a la disciplina de los chicos, está usted cayendo en un gravísimo error.

P. ¿Le gustaría añadir algo más?

R. Sólo querría que sus lectores no se llevasen una idea equivocada de nuestro centro y, en general, de nuestro trabajo como educadores. Soy profesor desde hace más de veinte años y dirijo el IES Rubén Darío desde hace ocho; he visto todo tipo de profesionales y vivido toda clase de situaciones, aunque ninguna ha sido tan trágica y horrible como ésta. Sin embargo, creo que sus lectores deben mirar los textos de mis compañeros con perspectiva: no son más que visiones subjetivas de personas profundamente afectadas por un hecho que ha cambiado la vida del centro más de lo que nos gustaría admitir. En mi modesta opinión, creo que han confundido su invitación con el diván de un psicoanalista, así que no estoy seguro de que ese enfoque sea el más adecuado para abordar una cuestión como ésta. En cualquier caso, sí me gustaría insistir en que sus declaraciones son individuales y no están sustentadas ni apoyadas por el centro como institución. Asimismo, me gustaría aclarar que desde el IES Rubén Darío se hizo todo lo posible por controlar la situación y que el esfuerzo, el trabajo y la dedicación de nuestro personal son, en todo punto, impecables.

## Proyecto de novela

trabajo. Piensa que, **antes de poder escribir** una sola línea, tengo que ganarme la confianza de sus profesores, conseguir declaraciones de sus compañeros de clase... No puedes pretender que consiga todo eso en un plazo tan breve.

—Dos meses. Nada más...

—Será suficiente.

—Eso espero.

En realidad no lo era, pero tendría que bastarme. Disponía de dos meses para descender a los infiernos y sacar de ellos los demonios que habían impulsado a aquel chico a hacer lo que hizo. Mi idea consistía en entrevistar a quienes encontrara a lo largo de ese particular viaje, cederles mi voz y pedirles a todos ellos —los que compartieron con él las clases, los recreos, los tiempos muertos en el aula— que me explicaran qué sucedió exactamente aquellos días. Cinco días en los que Marcos, como cualquier otro chico de su edad, pasó más tiempo en el instituto que en su casa.

En eso se basaba mi teoría. En cuánto nos determina el tiempo que vivimos encerrados entre esos tabiques durante nuestra adolescencia. Si hacemos un esfuerzo, no resulta tan difícil recordar cómo nos marca cada uno de esos minutos. Cómo se convierten esas paredes en los *otros* límites de nuestro mundo —el único, en cierto modo—, como si de un juego de realidad virtual se tratase. No sé hasta qué punto los profesores y los padres son conscientes de eso, de cómo influye cada clase —cada cincuenta minutos de clase— en los treinta y tantos chicos que se sientan en sus aulas. Supongo que, en cierto modo, eso era algo que también pretendía investigar. No se trataba de especular con el morbo ni de describir hechos que no había presenciado, sino tan sólo de ser su transmisor. Su oyente. Necesitaba hacerlo. Por Marcos... Y por mí.

Y es que ahora, justo antes de cerrar este trabajo en la fecha prevista, supongo que ya puedo confesar que no ha sido nada fácil volver la vista hacia el pasado, sobre todo cuando uno se siente satisfecho de haber dejado atrás ciertas etapas. Y ciertos complejos... Yo, para qué negarlo, no fui el quinceañero más popular. Ni el más feliz. Y supongo que, en cierto modo, debí de sufrir más de un caso de eso que hoy llaman *bullying* y que antes ni siquiera tenía nombre. Antes consistía en que podían tirarte tizas a la cara si te pasabas de listo respondiendo a las preguntas del profesor o hasta meterte la cabeza en el váter si le caías mal al macarra de turno.

En mi época, por lo menos, no grababan tus humillaciones con el móvil, así que no queda rastro de ninguno de esos episodios de mi adolescencia en YouTube.

Por eso, en parte, me ha resultado más complejo de lo que esperaba tener que dar un salto tantos años atrás, volver a situarme en mi antiguo cuerpo de adolescente enclenque —por suerte he ganado con los años— y sacar nuevamente a la luz todos los miedos y los fantasmas que, con bastante esfuerzo, creía haber empezado a superar. Lo malo es que ahora, después de este abrupto salto al ayer, ya no tengo tan claro que esa victoria sobre mí mismo sea realmente cierta. Quizá me había limitado a esconderlo todo y ha bastado un mes indagando en el pasado de Marcos para desordenar el mío.

Ambos formamos parte de una familia numerosa. Ambos hemos tenido una adolescencia complicada (aunque la mía, al lado de la suya, fuese casi idílica). Y, para colmo, ambos cursamos estudios en el mismo centro escolar. El IES Rubén Darío, donde yo pasé el BUP —cuando en vez de un IES era un IB— y Marcos hizo toda la ESO. Siglas aparte, me era imposible obviar tantas coincidencias y no reconocerme en ese espejo inverso que la actualidad había plantado ante mí. Un reflejo perverso y terrible en el que no quería —ni podía— identificarme, pero que necesitaba deconstruir para llegar, al menos, a interpretarlo.

Tras obtener el sí de mi editora, decidí no esperar ni un día más y plantarme a la mañana siguiente en mi antiguo instituto. Sabía que el momento me resultaría extraño, así que prefería pasar aquella experiencia cuanto antes. Aquel jueves 24 de septiembre —cómo olvidar la fecha en la que comencé este difícil viaje— tuve que detenerme unos segundos ante la puerta del Darío, como si todavía fuera el chaval tímido y asustadizo de entonces. ¿Seguiría en el centro alguno de mis antiguos profesores? ¿Habrían sido capaces de sobrevivir a la LOGSE, la LOCE, la LOE...? Supuse que no. Me resultaba imposible imaginarme a más de uno de ellos lidiando con los supuestos problemas del actual sistema educativo.

—Claro que se quedaron —me cuenta Paco, el conserje del centro, que sigue en el Darío desde mis tiempos de estudiante—. Son muy pocos los que abandonan esto, ¿sabes? El sueldo fijo y los dos meses de vacaciones atraen mucho... —Y me sonrío con su sorna habitual. Le faltan sólo un par de años para jubilarse, pero no ha perdido ni un ápice de la jovialidad que le caracterizaba—. Son funcionarios. No lo olvides.

## Un día en familia. Así lo vive Marcos

Hace tiempo que nos odiamos.

Es mutuo, supongo. A él nunca le he gustado. La diferencia es que ahora, desde que mi madre no está, ya ni siquiera lo disimula. Yo tampoco lo hago, la verdad. Pero por lo menos intento controlarme. Sé que, a las malas, llevo las de perder, porque ser menor de edad limita mucho, así que me trago la rabia y me aguanto. Aunque controlarme me cuesta casi tanto como escribir en esta mierda. Una Olivetti que debería estar en un museo y que, sin embargo, mi padre me obliga a usar cada vez que tengo que entregar un trabajo de clase. Como el que supuestamente estoy escribiendo ahora.

¿Que describa cómo es un día con mi familia? ¿Otra vez? Llevo escribiendo sobre los mismos temas desde que empecé el colegio. Siempre lo mismo, aunque los de literatura le den alguna que otra vuelta para que suene diferente. Total, luego sólo buscan las faltas y nadie lee una mierda entre líneas. Pongas lo que pongas... Esta vez se supone que nos toca construir una corriente de conciencia, algo que no tengo muy claro en qué consiste y que, según el de lengua, se resume en «dejarse llevar». Lo malo es que, si me dejo llevar, puede que me rinda y acabe estallando. Eso es lo que pasaría, que no contendría ni un minuto más las ganas de decirle a mi padre cuánto lo detesto, cuánto daño me hace, cuántas ganas tengo de perderlo de vista para siempre.

Cuando le conté a Raúl que en esta redacción iba a pasar de los topicazos habituales, se sorprendió. Normalmente, en un trabajo así, evitaría ser honesto y me limitaría a hablar de lo estupendos que son mis hermanos, de lo mucho que echo de menos a mi madre, de lo que nos gustaba hacer a todos juntos cuando ella seguía aquí. Si ésta fuera la misma redacción de los demás cursos, dibujaría de nuevo el retrato de la familia hiperfeliz que todos ven en nosotros. Todos menos yo, claro, que debo de ser un asocial y un raro, pero que de hiperfeliz no tengo

nada. De todos modos, no creo que sincerarse aquí sirva de mucho. Mientras que las tildes estén en su sitio, seguro que lo demás no importa demasiado. Raúl dice que no, que el de lengua de este año es diferente —en eso tiene razón: no entendemos nada de lo que nos cuenta— y que hasta puede que le mole lo de mi experimento literario. ¿O es biográfico? Joder, qué difícil es poner las interrogaciones con este trasto.

Me canso. Es un rollo tener que golpear las teclas con tanta furia para que se marque la tinta sobre el papel. Y eso que a mí, furia hoy no me falta. Ni hoy ni casi nunca... Echo de menos la línea roja esa tan cómoda del Word, la que te avisa cuando cometes un error y evita que el profesor de turno te baje la nota. «Así aprendes a escribir como Dios manda», dice mi padre, que cada vez que pronuncia esa palabra parece que se hubiera comprado a Dios para él solito. Y no sé cómo coño escribe Dios, pero seguro que no lo hace como yo, peleándose con una Olivetti del siglo pasado... Claro que Dios no tiene a mi padre encima todo el día, dándole la brasa con lo que debe y lo que no debe hacer. Con lo que está bien y con lo que está mal. Con lo que le gusta (casi nada) y lo que no le gusta (casi todo). Dios, a su lado, debe de ser un liberal de la hostia. Fijo.

A mi madre también la sacaba de quicio, aunque ella no lo expresara demasiado. O tal vez sí lo hacía y yo no me di cuenta hasta muy tarde, no sé, es que la infancia es una mierda, no te enteras de nada y luego, de repente, te salta todo a la cara, como si con los quince te dieran una entrada gratis para el infierno. Toma, aquí la tienes: la puta realidad. Lo que me cabrea es no haberme despertado antes, cuando ella todavía estaba viva y sí tenía sentido ponerse de su lado, darle la razón en los combates que imagino que tuvo que librar sola. Porque yo era un crío bobo y tontorrón —inocencia, lo llaman— que no se enteraba de nada de lo que sucedía en su propia casa. Ignacio sí que se daba cuenta de todo, claro, porque siendo el mayor de los cuatro tuvo que despertarse mucho antes, aunque estuviera demasiado ocupado deslumbrando a todo el mundo con sus dieces como para prestarnos atención a los demás.

—¿Vas a parar o no? Venga, tío, déjalo ya, que mañana tengo un examen importante.

Está intentando estudiar —cómo no— y le molesta el ruido de la máquina. Desde que ha empezado la universidad se ha vuelto aún más insufrible que de

costumbre... Sólo por eso merece la pena seguir escribiendo, para evitar que mi hermano, el hombre diez, conquiste su nueva mención de honor en ese palmarés que mi padre nos restriega tan a menudo. «Eso sí que son unas notas como Dios manda» y de nuevo me pregunto si Dios tendrá un baremo de calificaciones o si por allá arriba no le preocuparán lo más mínimo mis boletines de la ESO. «El Bachillerato ya no es un juego, Marcos. Recuérdalo», me dijo mi padre al empezar este curso, y luego me dio una palmada supuestamente amistosa para jugar por una décima de segundo al viejo severo pero enrollado. El padre que sabe cómo tienes que ser, porque se ha agenciado una línea directa con Dios desde la que le dan todos los datos. Una especie de GPS bíblico que nadie debería saltarse nunca. Ignacio, desde luego, cumple bien el modelo. Yo, me temo, ni siquiera me acerco.

¿Los otros? Bueno, los otros dos no son geniales, pero tampoco molestan demasiado. Adolfo todavía es un crío. Con doce años está a un paso de darse de bruces con la realidad, pero de momento sigue creyéndose el buenrollismo dictatorial de mi padre. Y Sergio, no sé, a Sergio sólo le llevo un año y es un tío callado, muy discreto, nunca se puede adivinar qué está pensando. Pero estar en silencio no molesta, y ser un crío tampoco, así que mi padre no se mete demasiado con ellos. Con joderme a mí, él y su Dios ya tienen suficiente.

—¿Lo dejas de una vez?

Ignacio sube el tono —siempre lo hace: le encanta provocar la tensión hasta hacerla estallar— y yo, fingiendo no oírle, escribo cada vez más deprisa. Las teclas suenan brutales sobre el papel. Golpean. Hieren. Humillan. La tinta casi hace sangrar el folio mientras mi hermano, cada vez más rayado, exige silencio.

—Tengo que estudiar. —Intenta quitarme los dedos del teclado, pero me basta un solo manotazo para apartarlo—. ¿No me escuchas o qué?

Mi padre, con su radar habitual para las broncas, viene hasta mi cuarto y le da la razón. Se planta junto a mí mientras Ignacio sigue gritándome. Está rabioso. Mucho. Le ha dolido comprobar que sigo siendo más fuerte que él. Que no me aguantaría ni medio asalto. Al fondo, mis hermanos se asoman desde sus cuartos para saber qué ocurre. Acojonados, claro. Como siempre. Pero hoy ya me da igual. Hoy todo me da igual.

—¿No has oído a tu hermano, Marcos?

Asiento sin abrir la boca mientras continúo peleándome con la Olivetti para

acabar esta maldita redacción en la que se supone que tenía que contar cómo era mi familia. ¿Que cómo somos? Somos como Dios manda. Eso seguro... Si no sintiera tanta rabia creo que hasta me reiría. ¿No te hace gracia a ti también, papá?

La bronca —gracias a las voces de ambos— es ya monumental. El ruido de las teclas, ensordecedor. Cada letra suena como si fuera una bala. Un disparo. Un maldito disparo con el que me encantaría poder mandarlo todo a la mierda de una vez. Mi padre me da un ultimátum y yo accedo a dejar de escribir. Me trago la bilis y le digo que vale, que se espere un segundo, que sólo me queda cerrar este trabajo con una línea más. Sólo una línea más.

—¡Que dejes ya de provocarme, joder!

La bofetada de mi padre me para en seco. Contundente. Brutal. Como a él le gustan. Me aguanto las lágrimas —no pienso dejar que me vea llorar— y, mientras me imagino el placer de estallar y devolverle el golpe, pongo el punto final a este maldito texto.

Trabajo para la asignatura de Lengua  
Castellana y Literatura I  
Alumno: Marcos Álvarez  
Curso y grupo: 1º Bachillerato E  
(IES Rubén Darío)





## ¿Cómo es Marcos? 2

Perdona, Clark... Tú no tienes la culpa. Pero es que tendrías que ver cómo está mi muro del Facebook desde que ocurrió todo. Lleno de mensajes opinando sobre el asunto. Reabriendo la herida. Porque aunque yo desconecte —y te juro que desconecto cuanto puedo— resulta imposible distanciarse de un hecho así. De un alumno así.

Marcos no era fácil. Nunca lo fue y nunca pretendimos que lo fuera. Había en él una fuerza innata que lo convertía en el ídolo de la clase desde el primer momento. Daba igual dónde se le pusiera o con qué compañeros compartiera pupitre, él siempre destacaba y se hacía con el liderazgo con una naturalidad aplastante. Los profesores lo sabíamos y nos limitábamos a intentar ganarnos su confianza. Es bueno llevarse bien con el líder, eso siempre asegura un clima de trabajo mucho más agradable.

En mi caso, eso fue exactamente lo que hice el curso pasado. Fui su tutora en 4º de la ESO, un nivel crucial, ya que es cuando los chicos obtienen el título de Secundaria y pueden optar por seguir estudiando o, si lo desean, lanzarse de cabeza al mundo laboral. Lo de lanzarse al mundo laboral es un eufemismo para decir que se quedan en casa —amargando la vida a los padres—, o en el parque —amargando la mañana a los jubilados—, en la cola del INEM —amargando la fila a los demás parados—. Luego, con suerte, se reenganchan a algún tipo de estudio y acaban formando parte de esa gran masa de jóvenes preparados para nada que con tanta eficacia forma nuestro pésimo sistema educativo. Perdona, Clark, se me calienta la boca y hablo de más. Tacha esto si te parece inoportuno, no sé si a tus lectores les interesarán estas digresiones. (Nota: suprimelas).

Reconocí a Marcos nada más verle entrar en mi aula. No le había dado clase antes, pero sí había sido profesora de su hermano mayor durante el Bachillerato. Me enteré de su existencia al poco de aterrizar en el Darío: Ignacio era el alumno brillante por excelencia, elogiado por el claustro y adorado por la directiva. ¿Sabes? En todos los centros hay siempre un diminuto grupo de alumnos estrella a los que se les alimenta el ego de forma tan irresponsable como desmesurada y se les miman con la estúpida esperanza de que nos den no sé qué medallas futuras que más de un profesor está deseando colgarse.

Ése era el caso de Ignacio, el alumno diez del Rubén Darío. Responsable, formal, educado y con una capacidad asombrosa para las ciencias y las humanidades. A mí no me resultaba especialmente simpático e incluso tuvimos algún que otro desencuentro por culpa de las notas. Cuando le di su primer ocho y medio reaccionó con tal soberbia que estuve a punto de ponerle el único parte de su inmaculada trayectoria académica. No fue preciso. Supo controlarse, tragarse su orgullo y pedirme disculpas.

En las juntas de evaluación se le comparaba con sus hermanos pequeños, que también cursaban Secundaria en nuestro centro. Siempre se repetían los mismos tópicos, algo así como: «Sergio es un crío muy trabajador, no tan brillante, claro, pero se esfuerza mucho. Y Marcos, bueno, Marcos es otra historia... No puede ser más diferente a Ignacio. Con lo estupendo que es su hermano mayor...». Y si te estás preguntando, mi querido Clark, si estas comparaciones tan poco didácticas son habituales, la respuesta es que sí. En las juntas de evaluación —una especie de corros marujiles disfrazados de atención pedagógica— hacemos nuestros propios rankings y hasta hay quien tiene tan poca sensibilidad como para divertirse con el símil fraternal, por muy humillante que éste pueda acabar resultando. Es aún peor cuando son hermanos gemelos, o mellizos, entonces la crítica es mucho más cruel y se les acaba clasificando en el hermano tonto y el hermano listo, así, sin más, en una actitud que a ti puede que te parezca aberrante y que a mí ya ni siquiera consigue escandalizarme lo más mínimo.

Cuando conocí a Marcos tenía demasiada información —demasiados prejuicios— sobre él y sus hermanos como para no dejarme influir por todo ello. Antes de entrar en mi nueva aula, lo había visto por los pasillos rodeado de su habitual corte de fans. Sin embargo, ese curso venía cambiado, más alto, más fuerte, supongo que más hombre. Decidí emplear todos mis recursos de seducción —por favor, que nadie entienda esto de

manera abstrusa— y me gané su confianza en un par de sesiones. Lo tuve de mi lado desde que empezó el curso. Todo un alivio. Y no, no era tan brillante como Ignacio, pero tampoco tenía su prepotencia. Casi lo prefería.

Sin embargo, aquel Marcos no parecía el mismo chico extravertido y descarado del que hablaban mis compañeros. En muchas de las clases pasaba prácticamente desapercibido y apenas tenía relación con el resto del grupo. Como todos se conocían desde primero, asumieron su rol de líder con sumisión, aunque él no hizo nada para ganárselo. Callado, taciturno y poco participativo. Tres signos que me hicieron llamar a sus padres a mediados de octubre. Me extrañaba que aquel chico tan popular mostrase una actitud tan huraña, así que decidí intervenir cuanto antes, con el único objetivo de evitar que su hipotético problema —fuese cual fuese— pudiese agravarse. Su corte de fans lo seguía igualmente —una vez que se han ganado la etiqueta no hay quien pueda quitársela—, pero me inquietaba comprobar que Marcos seguía estando extrañamente apagado. Como ves, lo de no ser vocacional no es incompatible con ser competente.

Vino su madre. Es lo habitual. ¿Sabes? A mí me hace gracia oír que ahora los padres están muy involucrados en la educación de sus hijos. Sí, *superinvolucrados*. La hostia de involucrados... Por cada diez madres, recibo, con suerte, a un padre. O a un padre y medio, como dirían las estadísticas. Ángela era una mujer muy atractiva, simpática, resuelta y con las ideas muy claras. Me encanta la gente así. Además, desde el primer momento coincidí conmigo en que Marcos estaba algo raro. La edad, dijimos ambas, y ella se comprometió a vigilar más de cerca a su hijo, con el propósito de averiguar si le pasaba algo.

—¿Drogas? —A su madre le costó pronunciar aquella palabra. Y no, la verdad es que no parecía que fuera eso. Ni siquiera la investigación posterior al crimen ha conseguido demostrar que Marcos consumiera nada fuera de lo normal. Y aquí espero que no se escandalice nadie, porque todos consumen. Eso lo aprendí en cuanto empecé a trabajar en esto. El primer año puede que no, pero a partir de 3º de secundaria —incluso antes— todos saben lo que es un porro y se han fumado alguno que otro. Los hay que no repiten, los hay que lo mantienen como algo ocasional y los hay que, ya con trece años, nunca llegan a primera hora porque se ponen ciegos de maría en un parque que hay a la vuelta del instituto. Ante eso yo solía llamar a los padres, hasta que me cansé de que me miraran enojados y me asegurasen que su hijo jamás había hecho algo así, que yo les tenía manía o cualquier otra gilipollez similar.

Marcos no parecía venir emporrado, así que descartamos esa opción y nos quedamos con la idea de que sería la edad. A mí esa excusa siempre me ha parecido una memez, pero a los padres les consuela mucho y a los profesores nos quita bastantes dolores de cabeza, así que empleo este razonamiento con cierta frecuencia. Es algo así como cuando los técnicos informáticos te dicen que, para solucionar un problema con tu pc, reinicies el ordenador. Igual de inútil y de previsible, pero a menudo no se puede hacer más.

—He intentado hablar con él —me dijo—, pero no es tan sencillo. Se cierra en banda...

—A su edad —vuelta al tópico: no sé cuántas veces recurrí a él en lo que duró nuestra charla—, eso es lo más frecuente.

—Antes era distinto. —Y ahí creo que se emocionó.

Por cierto, no te creas que este diálogo me lo estoy inventando. Desde que un padre me insultó en una de esas reuniones siempre llevo una pequeña grabadora conmigo. La conecto, sin que ellos lo sepan, antes de empezar cada entrevista y luego la paso al iTunes. Ya sé que suena un poco paranoico, pero no te imaginas la impotencia que sentí cuando perdí la denuncia contra aquel energúmeno que vino a verme por el simple placer de insultarme.

Yo entonces era una novata y no tomé la sencilla precaución de dejar la puerta abierta, de ese modo habría podido contar con el testimonio de alguien que pasara en ese momento por el pasillo. Todavía recuerdo cómo me acorraló contra la mesa y lo que me costó apartarlo de la puerta para poder salir de allí. No temí por mi

## Primer día de curso

—¿La qué? —suelta una carcajada amarga. Terriblemente ácida—. Eso es un mito. Sería posible con medios y con inversiones, claro, pero con lo de ahora... Este curso, por ejemplo, nos han quitado a dos orientadores y a los tres especialistas en Compensatoria, ya sabes, los que se encargan de los alumnos con problemas significativos. Como hay que recortar por culpa de la crisis, nos han dicho que los pongamos con los demás y «que se integren». Así, por las buenas.

Apago la grabadora y quedo con Sonia para el día siguiente. Necesito tiempo para ordenar mis primeras impresiones y revisar con atención el borrador que me ha entregado Álvaro.

—Eres nuevo, ¿verdad? —me pregunta una de mis alumnas. Ni cinco minutos y acababa de ser catalogado como un pardillo. En su jerga, «nuevo» significa desconocedor de la política del centro, descolgado del resto de profesores, ignorante de alumnos, grupos y problemas previos y, por tanto, material altamente manipulable.

—¿Que si soy nuevo en el centro?

Bravo. Era imposible hacerlo peor. Les había dado, sin pretenderlo, el único dato que no debían tener: no he dado clase antes. Después de mi simpleza, ya no se molestaron en preguntarme nada más. Son adolescentes, no niños. Están aprendiendo a ejercitarse en la lógica, en la deducción, en la estrategia. Y el primer día de curso vienen demasiado bronceados, demasiado llenos de energía como para que los pequeños detalles se les escapen. Sólo un par de preguntas y ya lo sabían todo. O casi todo.

—Sí, es mi primer año aquí.

Quise creer que sus sonrisas expresaban alegría ante lo desconocido. Ilusión ante la oportunidad de darse a conocer a alguien que no tiene una lista de prejuicios sobre ellos. Necesidad de demostrar que son algo más que un sinfín de etiquetas construidas a lo largo de su corta vida y reiteradas por los profesores que ya les conocen. Pero también temía que bajo esa sonrisa hubiera algo más, la convicción de que yo era la pieza perfecta para jugar a desautorizarme, a provocarme, a ganarme una partida que había empezado sin demasiado acierto. Necesitaba mover ficha, así que pasé lista. Era urgente ponerles nombre. Individualizarlos. El grupo pesa demasiado como tal. Demasiadas miradas. Demasiados cuerpos. Demasiados puntos de vista entre los que te sientes fraccionado y casi desnudo. Comencé a pasar lista con la esperanza de que la lectura en voz alta de sus nombres sirviese de sortilegio, de hechizo verbal con el que conjurar al grupo y convertirlo en una simple suma de individuos. Adolescentes, en realidad.

Los nombres se sucedían monótonos. Alicia. Marcos. Ahmed. Christian. Adrián. Algún compuesto infame herencia de los horrores de los noventa. Eva Mariana. «No, profe, a mí llámame Meri. Así, con e. Todos me llaman Meri». Adolfo. Raúl. Antonio. «Toni, no Antonio». Mercedes. «Mer». Yvette. Mario. Ángela. Sandra... Treinta y un nombres con treinta y una preferencias. No sólo hay que memorizar la lista, también es preciso recordar cómo quieren ser llamados. Existe una distancia a veces invisible entre el nombre auténtico y la identidad que ellos se han construido, pero bastan estos cinco minutos pasando lista para saber que Toni sólo será Toni si lo llamas así, y que probablemente Mer y Mercedes sean dos mujeres muy distintas. Así que, lejos de imponer un criterio neutral y clarificador (es decir, llamarlos como a ti te venga en gana), es justo adaptarse a sus peticiones en un gesto de entendimiento mutuo.

—Hoy no haremos nada, ¿no?

Acaba de hablar el chico de la puerta. Se echa para atrás, cierra de un golpe la agenda de su compañera,

donde ha apuntado algo (¿mi nombre?) y mira a sus compañeros buscando obediencia. Ya está. Ya lo tienes. Un líder en potencia. Hay que asegurarse de su identidad.

—¿Tú eras...?

—¿Yo? Marcos.

El líder vocacional de B1E se llama Marcos. Y se queda mirándome fijamente, deseoso de ver cómo reacciono. Consciente de que toda la clase está pendiente de los dos y de que mi respuesta dará una idea más que aproximada sobre la temperatura del curso.

—Pues sí vamos a hacer algo, sí. Abrid los cuadernos y tú, Marcos, a la pizarra.

—¿Pero por qué yo?

—¿Quieres empezar bien el curso o te llevas ya el primer parte de la mañana?

Desproporcionado. Sé que me extralimité en mi amenaza. Marcos ni siquiera se había opuesto a salir, simplemente, le había desconcertado mi reacción. Era yo quien no parecía comportarse de modo demasiado coherente. Mi bandolera verde, mi sonrisa forzada, mis vaqueros rotos no concordaban con el docente severo y autoritario que acababa de aparecer ante ellos. Marcos, seguramente, tampoco pretendía rebelarse, sólo expresaba el desconcierto compartido por toda su clase. Así que, lejos de enfrentarse a mí, se levantó, miró a los compañeros con cara de póquer —era evidente que estaban de su lado— y se acercó a la pizarra. Cogió la tiza y me miró desafiante, como si fuera la versión escolar de un *western*. Como si esa tiza fuese el revólver con el que me aniquilaría delante de los demás alumnos.

No era ése el plan. Sólo pretendía charlar con ellos. Comentarles cómo iba a ser la asignatura. Proponerles ideas. Hacer sugerencias. Debatir el ritmo de las clases y hasta el tipo de actividades. Me había propuesto dar una clase ideal que, por supuesto, acababa de irse a la mierda. Porque estas cosas no se pueden planificar, porque trabajamos con material humano altamente inflamable, porque no son primeras ni segundas pruebas como en la editorial, porque ellos están —estamos— vivos y todos interactuamos de manera salvaje y descontrolada. Así que, lejos de ese brillante plan digno de Dexter, ahora tenía a un alumno en la pizarra al que no sabía qué pedirle. ¿Una oración para analizar? ¿Ésa va a ser mi primera clase? ¿Un convencional análisis sintáctico sin haber explicado ni un triste concepto? No habría sido justo. Ni para ellos ni para mí. No podía convertirme en un ladrillo el primer día. Ni en un hueso. Ni en una maría. No podía catalogarme tan rápido, pero debía decidir algo enseguida: aquel chico seguía en la pizarra esperando una orden. Y no sólo él, todos habían abiertos sus cuadernos. Todos iban a copiar ese algo —¿el qué?, maldita sea — en su primera página. Ese algo que no se me ocurría y que necesitaba para no quedar como un imbécil en la primera hora. Luego vienen tres más. E1C. E2B. E2D. ¿Y en todas iba a cometer los mismos errores? ¿Los mismos silencios?

Marcos en la pizarra. Noté cómo le sonreían. Cómo él les devolvía la sonrisa. Un par de chicas de la primera fila hicieron un curioso gesto. Señalaban su cuello. Él se subió ligeramente el polo para cubrir una marca. Volvió a sonreír y ellas no pudieron evitar susurrar algo. Un chupetón, supuse. Y hasta yo quise sonreírme ante aquel chico que presumía de vida sexual adolescente. Pero no debía hacerlo. Debía hablar de una vez. Un segundo. Dos. Casi tres. Toda una eternidad.

—Bien, Marcos. Copia, por favor. Y los demás, hacedlo también en vuestros cuadernos.

De repente, creí poder recordar. Temía inventármelo. De todos modos, daba igual, ésa era la única idea que se había cruzado por mi cabeza aquella mañana. Iba a ser el texto de su primera página.

—¿Qué copio, profe?

Risas entrecortadas. Casi corteses. Aquellos chicos del E no parecían una verdadera amenaza. Al fin, comencé a dictar aquellas líneas. Aunque no las recordase bien del todo. Intentando hacerlo.

## ¿Cómo es Marcos? 1

tiempo de espera releendo la ficha de Marcos. A ver si soy capaz de encontrar algo de utilidad en ella, aunque sea entre líneas.

- Nombre: Marcos Álvarez
- Curso: B1E
- Edad: 16

### • ¿Has repetido alguna vez?

No, aunque el año pasado estuve a punto.

### • ¿Cuál es la asignatura que más te gusta?

Este año, creo que lengua. Sólo llevamos cuatro clases, pero de momento no me duermo... Debatimos mucho y hasta hemos escrito alguna cosa. Pero bueno, estamos empezando, así que ya veremos.

### • ¿Cuál es la asignatura que menos te gusta?

Hasta 4º, la religión (lo mejor es que en Bachillerato ya no hay). Yo prefería hacer M.A.E., como todo el mundo, pero en mi casa son muy creyentes, así que se da por hecho que yo también tengo que serlo. Tampoco me entendía bien con Carmen, la profesora... No sé, yo el tema de Dios no lo veo muy claro, la verdad. Soy más de Darwin.

### • ¿Qué te gustaría estudiar en el futuro?

Ni idea. Mi padre quería que hiciese ciencias, como mi hermano mayor, Ignacio. Pero yo me empeñé en coger el Bachillerato de Humanidades (a él le parece que estoy perdiendo el tiempo, claro) y ahora no sé muy bien por dónde tirar. Me gustaría hacer Historia, por ejemplo. O Periodismo. Ya veremos qué escojo al final (y qué me dejan escoger).

### • ¿Te gusta leer? ¿Cuál es el último libro que has leído?

Me gustan los cómics, las novelas de terror (Bram Stoker, Anne Rice, Lovecraft, todo eso) y ahora, por culpa del de literatura, me ha dado también por la poesía. Esta mañana Álvaro me ha prestado una antología del 27 que nos enseñó ayer en clase. Se la pedí porque me encantó un texto que nos leyó sobre los muros y las barreras y la adolescencia. (Me suena que el autor es Cernuda, pero no estoy seguro). Hasta esta semana no sabía que hubiera poemas como éstos, la verdad. En los cursos anteriores, aparte de eso del rollo de los pastores de Garcilaso y del tío aquel pegado a una nariz gigantesca, no hemos comentado más que chorradas.

### • ¿Cuál es la última película que has visto?

Muchas. El cine es mi mayor pasión. Y la de mis amigos. La última fue *Al este del Edén*, que nos la recomendó el padre de Raúl (el tío es un cinéfilo), Diego, y nos la vimos en su dvd. Me quedé un poco raro después, la verdad. Cal, el personaje que hacía James Dean, se me quedó grabado. Aún me da vueltas.

### • ¿Y tu película favorita? ¿Por qué te gusta?

Imposible... Hay tantas... Me gustó una antigua, de los noventa, que también nos descubrió Diego. Se llama *Memento* y es alucinante: un tío con una amnesia rarísima que tiene que descubrir un misterio de la leche. Y de las nuevas..., *El caballero oscuro*, que, por cierto, es del mismo director que *Memento*. El Joker de Heath Ledger es brutal...

### • ¿Cuántas horas dedicas a la televisión?

Ahora, casi nada... Una hora, como mucho. Pero sólo puedo ver «programas autorizados», vamos, lo que mi padre decide que sí se puede ver. Antes, cuando todavía vivía mi madre, me veía muchas series —algunas, con ella— y también me las descargaba en el ordenador y eso.

### • ¿Cuántas horas dedicas diariamente a navegar por Internet?

Desde lo del curso pasado, ninguna. No puedo usar el ordenador para nada. Antes había uno en mi cuarto, pero con toda la movida aquella, se deshicieron de él y ahora sólo está el de la habitación de Ignacio (mi

hermano mayor), al que no puedo acercarme ni de broma. A cambio, mi padre me ha sacado del trastero una máquina de escribir para que pase a limpio mis trabajos. Es como viajar a la prehistoria, más o menos.

### • ¿Qué tipo de actividades y tareas te resultan más sencillas? ¿Por qué?

Las físicas, porque llevo entrenando desde que era un crío. Me gusta el taekwondo y soy muy bueno compitiendo, la verdad. Pero, como desde lo del curso pasado también se ha acabado ir al gimnasio, ahora me conformo con lo que hacemos en Educación Física, que, sobre todo, consiste en dar vueltas alrededor del instituto indefinidamente. Con eso y con no montar mucha bronca, se aprueba la asignatura sin problemas. El profe, por cierto, suele estar en la cafetería mientras nosotros corremos. En el patio se ve que no está cómodo.

### • ¿Se te dan bien los trabajos en grupo?

Mucho. Me encantan. Así puedo ir a casa de Raúl o de Sandra a hacerlos. Y, de paso, ver alguna serie o alguna peli, claro. Eso es bueno.

### • ¿Qué es lo que menos te gusta del instituto?

Los exámenes. Y la sensación de estar vigilado todo el tiempo. Desde lo de Eduardo, a mí no me dejan ni respirar. Ayer, por ejemplo, fue demencial la que organizaron en el patio. Y todo porque vino a verme un amigo de fuera. No es justo.

### • ¿Y lo que más?

El recreo, claro. Y ver a los colegas. Y saber que estoy un montón de horas fuera de casa.

### • ¿Qué valores son importantes para ti?

La tolerancia. El respeto a los demás. El derecho a ser como te dé la gana, sin que nadie te censure ni opine sobre ello.

### • ¿Alguna otra observación, idea o sugerencia que puedas aportar?

Me gustaría que se hiciesen más excursiones y salidas fuera del instituto. Que ciertos profesores no nos leyeran el libro en clase (eso ya sé hacerlo yo solito). Ah, y que para rellenar estas encuestas se pudiera emplear el tiempo de alguna asignatura (total, para lo que sirven la mayoría...), porque hoy, entre esto y la reunión con el tutor, se me ha ido todo el recreo.

No me sorprendió la sinceridad de Marcos al responder el cuestionario. En realidad, basta con prestarles un poco de atención para que se abran por completo; lo que me llamó la atención era la cantidad de información que daba en cada línea y, sobre todo, los gritos de auxilio que se percibían en sus respuestas. Aquella ficha era un gigantesco S.O.S. que revelaba un problema grave de comunicación familiar. Nada que no se pudiese resolver empleando los medios adecuados, pero que, desde luego, aconsejaba una pronta intervención. No sabía si comentárselo a Gerardo —ya que tanto interés había mostrado en ese caso—, así pensé que lo más sensato era meditarlo durante el fin de semana y tomar una decisión el lunes a primera hora de la mañana.

Eso —y aquí termina tanto mi informe como mi frustrada participación en esta historia— nunca fue posible.

No me extraña que la orientadora quisiera convocar a su padre a una reunión después de leer esa ficha. Mayte me asegura que estaba decidida a mantener una conversación con Roberto y con Marcos, una especie de cara a cara que, lamentablemente, no pudo producirse.

—Aun así, resulta difícil de entender —me explica Mayte— que los hechos transcurrieran del modo en el que nos los han contado. Llevo varios años en esto y

## ANEXO 6

### PROPUESTA DE ESCRITURA:

#### Opción A

A lo largo de esta semana te proponemos llevar adelante un diario «a la manera» de Ana Frank, incorporando, si te apetece, dibujos, fotos, mapas, etc. Te ofrecemos también -solo a modo orientativo- algunos temas que Ana Frank trata en los fragmentos por si quisieras imitarla:

- La sensación que tienes al escribir un diario.
- Tu relación con la confidencialidad, la intimidad y tu modo de manejarla con los amigos.
- Breve historia de tu familia.
- Algún o algunos acontecimientos que hayan sido importantes en tu vida hasta hoy.

#### Opción B

Tras la lectura de los fragmentos del *Diario*, hemos podido ir conociendo otros personajes como Margot, Mamá, Papá, etc. Como propuesta de escritura, te proponemos escribir el *Diario* desde la perspectiva de alguno de estos personajes, siguiendo el estilo de Ana.

NOTA: Vuestro “Diario” debe contener al menos tres entradas de treinta líneas cada una de ellas (aproximadamente). Podéis utilizar como formato una hoja doblada por la mitad, como si de un cuaderno de tapa dura como el de Ana se tratase. El trabajo se entregará a mano. No se trata de un borrador, por lo que no se recogerá a no ser que esté escrito con buena letra y en limpio.

## ANEXO 7

### Ejemplos de la propuesta de escritura de la lectura de *Diario* de Anne Frank

7

Diario  
de  
Sr. Frank

Ignacio Solís González Aragón

¡Muy bien hecho Ignacio!  
Sigue con esa  
actitud !!

- Sábado 30 de enero de 1943:

Querido diario:

Te quería decir que no se puede vivir en esta situación, un día a día persiguen a los nuestros "los judíos" sin ningún piedad, estamos en una casa que está escondida en una misma habitación, en Holanda, sin poder salir y con miedo de que se incienda la fábrica y no podamos salir de la casa, vivimos con una familia más judía y un querido judío. Tenemos miedo de que nos descubran y nos maten ahí directamente o nos lleven a otros campos de concentración, a mi gusto, preferiría morir aquí, ya que según <sup>me</sup> <sup>dicen</sup> nos descubrirán como animales.

- Jueves 6 de enero 1944:

Querido Adolfo:

Hoy te quiero contar que el Imperio Alemán "los nazis" están conquistando grandes terrenos, tienen como jefe a Adolf Hitler, a la vez por poco nos descubren en nuestra escondida, habían mandado que registraran en casas, empresas... en cual querer jugar que se pueda esconder una persona, esta situación es difícil y más para alguien que tiene dos niños, que sabe que no podrán tener un gran futuro, solo Adolfo sería cual quiere cose que poder hacer que mis hijos vivieran un futuro y fueran felices de verdad, sin tener que fingir esas sonrisas, las veo y solo quiero llorar, pero he de ser fuerte.

- 8 de mayo de 1945:

Querido Rodolfo:

Los letrados ~~hacen~~ han rendido ante los hijos americanos y ~~señorales~~, Mi familia y yo estamos felices ya que la segunda guerra mundial terminó, solo que... mi hijo pequeña no está aquí, está muerto, en combate su día en los campos de la anterior casa, solo espero que no haya una herida, y si la hay que sea por bombardeo, sino para encontrar la paz absoluta, ya que mientras la busquemos y no completemos en el dolor y odio y amor de los otros, jamás determinen los guerra, esta es la última vez que nos hableremos Rodolfo, así que le dire un último consejo,  
El amor ~~de~~ <sup>hacia</sup> algo o alguien genera odio al cabo del tiempo, Para comprender este dolor y odio, hay que sentirlo, pero el que vivió o vive ~~con~~ eso sabe que no es sano, pero de ~~partes~~ partes para separar ~~la~~ <sup>las</sup> ~~miembros~~ <sup>miembros</sup> Rodolfo, gracias por escucharme.

8-5

# Diario de una

## Pringada

### Secretos de una.

### Mentirosa

11/01/2014

Quando diario:

Hoy yo es un el peor un el mejor de unis dias, es como todos, tristes, del mismo color que siempre, gris, lamentosos y si hoy suerte a minutos de soledad

Pero no puedo hacer nada, salvo imagnarme de esta vida, de mi propia vida.

Sentirme oprobada de todos es lo mejor que puede hacer, no me quiere seguir los bromas de los demas, no quiero entender sus sarcasmos, yo soy yo en esta sociedad, yo me entiendo, no me respetan

Siento que este diario es la unica que me queda, que me euborde, que guarda mis secretos y mis recuerdos.

El unico mundo de soledad que tengo en mi vida es poder reírme y morir alegramente cada pagina de este diario, volver a mirar los paginas de este cuaderno, es como volver al pasado, revivir las lagrimas y risas de mi infancia.

Sentir los pedris en mi vida y poder escribirlos aqui me resulta agradable. Porque no puedo gritar mi expresame bien.

Pero estas paginas son el unica apoyo que tengo. Y la unica razon por la que escribo este diario, es únicamente porque me lo quiero vivir, debo. Me digo que me iba a sentir bien, que podría contar mis grandes sueñas y mis deseos.



de hoy toda la razón, es el único que me agredía y que puede ver algunos pasajes.

El único sueño que tengo hoy, es volver a verte y poder darte. decirte que te quiero y que te echo mucho de menos.

Que pena que no pueda ver este día y su contenido.

Te hubiera gustado sentir su tacto en tus brazos, sentir su respeto en cada palabra.

Amor

13/08/2014

Cuando diario. Hoy es el mejor día de mi vida. He encontrado una caja con películas familiares y solo me quedo, estaba tan contento, al igual que yo.

Después lea mucho más películas y luego comido fruta.

Y me comprando que no necesito nada más que a mi familia.

Aunque a veces me siento solo, triste y rechazado, cuando que no puedo hacer nada.

A veces no se puede entender porque no tengo la mejor vida, ni la mejor familia. Todos tenemos nuestras más y nuestras menos, cada persona que hay es por una razón.

En esta sociedad, o eres invisible o una jirafa. Si una jirafa, esos pasajes que hay por el mundo que gente que en no son. Si te gustan los comas, eres un grilo. Si eres pequeño, un ducho. No puedes ser nadie en este mundo porque hagas lo que hagas siempre te van a ardear.

Por eso, yo solo me fijo en mí, pero de todos y de todo, aunque solo siento que hablo de mí. Pero eso es lo que tiene.

Aunque los burros y sentir que no enojas, pero ya no me agada, paso de todo de todas y me río. Así sobrevivo a la verdad que no se está tan mal, el estar en la boca de todos y en sus miradas, me siento tan importante.

Amor y amistad

Que gracias a ellos, hoy leo solo el mejor día de mi vida

Amadisa

Kendy®

## ANEXO 8

Propuesta de escritura para la lectura de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca

